



to, y leyó: — « Debajo de una palmera. » Eso no era nada para ella: en esas palabras no había ninguna significación para el caso presente. Cerró el libro y volvió á acostarse; pero hé aquí que apenas se hubo dormido, parecióle ver á Enoch sentado en una altura, debajo de una palmera, sobre la cual brillaba el sol esplendorosamente. — « Ha muerto », pensó ella; « es dichoso, está cantando Hosanna en las alturas: allá brilla el sol de la justicia, y esas son las palmeras cuyas ramas arrojaba el pueblo dichoso de Jerusalem, cantando « Hosanna en las alturas. » En esto despertó súbitamente, y hallándose ya del todo resuelta, mandó llamar á Felipe y le dijo vivamente: — « Nada impide ya que nos unamos. » — « Si así es », respondió él, « por Dios os ruego que, ya que estáis dispuesta á ser mi esposa, lo seáis enseguida, por nuestro mútuo bien. »

*
* * *

Al fin Felipe y Anita se casaron, y las campanas de la parroquia anunciaron la boda alegremente; quien no latía alegremente era el corazón de Anita. ¡Pobrecilla! Cuando andaba, parecíale que al lado de sus pasos resonaban los de una persona invisible, y frecuentemente le parecía

que alguien susurraba en su oído frases incomprensibles; así es que no le gustaba que la dejaran sola en casa, ni se atrevía á salir sin compañía. Muchas veces cuando iba á entrar en casa, permanecía largo rato vacilante, con la mano sobre el pestillo, sin atreverse á entrar. ¿ Qué era lo que la afligía tan profundamente? Su marido creía saberlo; tales dudas y temores le parecían propios de su situación, pues se hallaba en estado interesante. No se equivocaba; pues con el nacimiento del niño pareció que la madre volvió á encontrar su corazón perdido; desde entonces amó á Felipe con ternura, y desapareció enteramente aquel misterioso instinto que tanto la había atormentado.

*
* * *

¿ Y qué se había hecho de Enoch? El *Buenaventura* navegó prósperamente, aunque al pasar por el golfo de Vizcaya fué rudamente sacudido por las gigantescas olas, que á manera de montañas surcaban el irritado mar: deslizóse sin dificultad á través del verano del globo, y despues de algunos balances cerca del cabo de Buena Esperanza, y frecuentes cambios de tiempo, ya adverso, ya favorable, pasó de nuevo á través del verano del globo: empujóle constantemente el hálito del cielo, y le condujo suavemente por entre las felices islas del Océano Indico, hasta que pudo descansar en el puerto oriental para donde iba destinado.

*
* * *

Allí, Enoch comericó un poco por su cuenta, y compró para sus niños un dragón dorado y otros mónstruos extraños.

* * *

No fué tan afortunado su viaje de retorno. Cierto es que al principio los pasajeros navegaron felizmente por un mar tranquilo, siendo apenas mecidos por las olas, mientras que el mascarón de proa contemplaba, con sus inmóviles ojos, la aparente ebullición producida en las aguas por la rápida marcha del buque. Siguiéronse luégo algunas calmas y variables vientos;



después, vientos contrarios les acosaron durante muchos días, y al fin fueron sobrecogidos por una tormenta tal, que les impelió largo tiempo á través de los mares en medio de la oscuridad mas espantosa, hasta que, casi al mismo tiempo que resonó á bordo el terrible grito de « ¡escollos! », oyóse el horroroso estallido de ruína. Todos perecieron menos Enoch y otros dos. Durante la mitad de la noche se mantuvieron sobre flotantes jarcias y vergas rotas, que impelidas por el viento se amontonaron al romper el día sobre una playa, en una isla hermosísima, pero la más desierta de las que se hallan en aquel desierto mar.

* * *

No había allí escasez de agradable sustento, pues abundaban mil jugosos frutos, grandes nueces, y nutritivas raíces; y si la compasión no les hubiera disuadido, no era difícil procurarse la carne de los muchos animales que vivían en ella, y que como jamás habían sido perseguidos, se distinguían por su extremada mansedumbre. En una garganta de la parte montuosa de la isla construyeron un albergue, medio choza, medio caverna natural, y lo techaron con ramas de palmera. Así, aquellos tres hombres, colocados en un abundantísimo Eden, vivían descontentos en medio de un eterno verano.

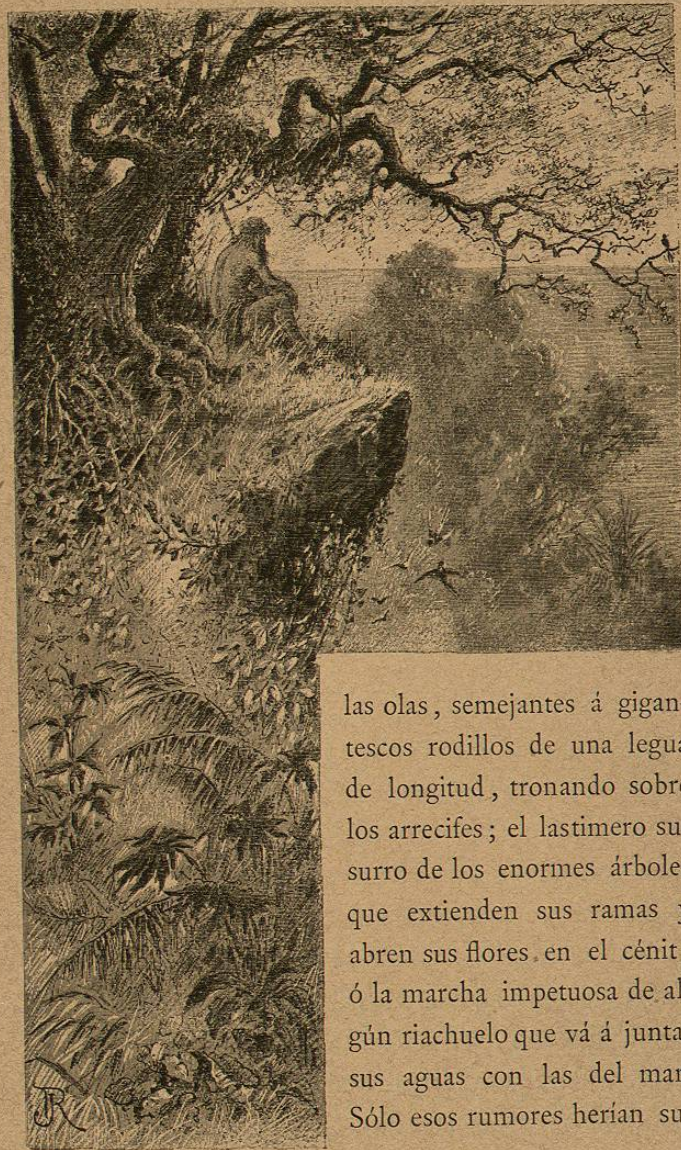
* * *

El más joven de los tres, que era todavía un adolescente,

se había herido de gravedad aquella noche de súbita ruina y naufragio, y murió después de tres años de continuo padecer, semejante á un morir continuo. No le dejaron hasta que lanzó el último suspiro. Después de su muerte, habiendo encontrado Enoch y su compañero un gran tronco de árbol, y creyendo que podría serles útil poseer una canoa, dedicáronse ardientemente á ahuecarlo por medio del fuego, á la manera de los indios. El compañero de Enoch trabajó con tanta perseverancia y abnegación, fué tan negligente de sí mismo, que murió herido de una insolación. Enoch quedó solo, y leyó en la muerte de sus dos compañeros la expresa voluntad de Dios que le ordenaba esperar.

*
*
*

La montaña, cubierta de árboles hasta la cima; los risueños prados, las tortuosas cañadas que suben hasta lo mas alto del monte, semejantes á otros tantos caminos del cielo; la descaecida corona de plumas del esbelto cocotero, el rápido vuelo de insectos y pájaros, la brillantez de los largos convólulos que se enroscan en los majestuosos árboles, y se prolongan hasta los confines de la isla; los vivos colores, el esplendor del magnífico cinturón de la tierra que se llama el Ecuador, todo eso vió Enoch; pero lo que él deseaba ver no podía verlo, esto es, el familiar y afable rostro humano. Ni escuchaba jamás la suave voz de los hombres, sino tan sólo los millares de chillidos de las aves marinas que vuelan de acá para allá;



las olas, semejantes á gigantes rodillos de una legua de longitud, tronando sobre los arrecifes; el lastimero susurro de los enormes árboles que extienden sus ramas y abren sus flores en el cénit; ó la marcha impetuosa de algún riachuelo que vá á juntar sus aguas con las del mar. Sólo esos rumores herían sus

oídos cuando vagaba por la orilla del mar, ó durante las largas horas que pasaba sentado en la garganta que mira al Océano, esperando apercibir una embarcación que recogiese al pobre náufrago. Los días corrían rápidamente uno tras otro, sin que Enoch divisara vela ninguna en el inmenso piélago que tenía ante los ojos. Todos los días veía la aparición de la aurora, lanzando sus dardos de púrpura por entre las palmeras y los helechos; veía el luminar del día brillar sobre las aguas en el extremo Oriente, veíalo brillar más tarde sobre su isla, y veíalo brillar de nuevo sobre las aguas allá en el extremo Occidente; contemplaba después el cielo tachonado de estrellas, y escuchaba el cóncavo bramido del Océano, y de nuevo venían á inundar la isla con su luz los purpúreos rayos de la aurora: mas nunca aparecía el buque que los ansiosos ojos de Enoch buscaban en todas direcciones.

*
* * *

A veces, mientras que absorto, inmóvil (tan inmóvil que el dorado lagarto se posaba confiadamente sobre él), contemplaba, ó estaba en actitud de contemplar, el líquido elemento, parecíale que muchos fantasmas andaban á su alrededor, ó que él mismo se hallaba lejos, muy lejos, allá en una isla más sombría, situada muy al norte de la línea equinoccial, vagando entre personas, cosas y lugares conocidos: su mujer, sus hijos, su inocente cháchara, su casita, la empinada calle, el molino, las frondosas



avenidas, la solitaria mansión señorial, el caballo que montaba, la barca que vendió, las frías madrugadas de Noviembre, las llanuras cubiertas de rocío, la benéfica lluvia, el perfume de las hojas secas, y el sordo lamento de mares de color de plomo.

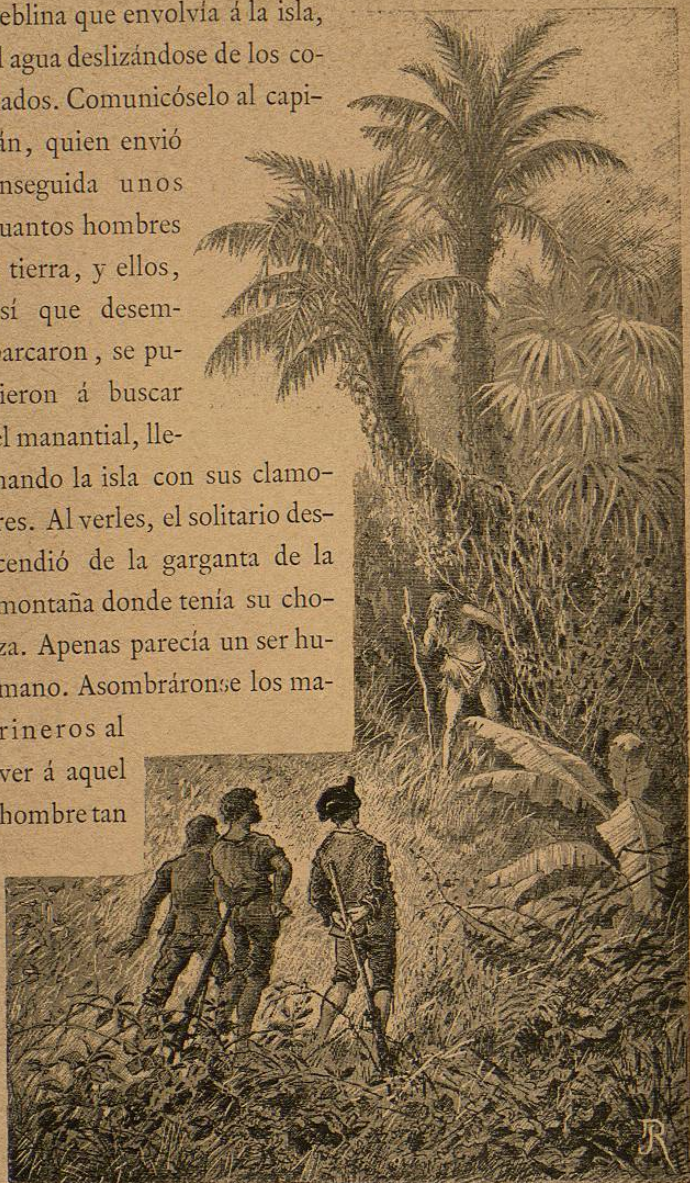
* * *

Asimismo un día parecióle que llegaba á sus oídos, débil pero alegremente, el repique de las campanas de su parroquia; entonces, aunque sin saber explicarse la causa, se levantó sobresaltado, y cuando la hermosa isla que le era tan odiosa se presentó á sus ojos, si su pobre corazón no hubiese hablado con Aquel que, hallándose en todas partes, no deja que nadie que habla con Él se crea enteramente solo, seguramente la soledad habría matado al desgraciado Enoch.

* * *

Así, sobre su cabeza, prematuramente nevada, pasaron año tras año las estaciones del sol y de la lluvia. Sus esperanzas de volver á ver á los suyos, y de pasearse de nuevo por los campos y caminos que le eran familiares, no habían aún perecido, cuando llegó para él el momento de salir de su destierro en aquella soledad. Otro buque, al cual, como al *Buenaventura*, los vientos contrarios habían separado de su rumbo, apareció á la vista de Enoch. Apenas quedaba agua á bordo, así es que el piloto experimentó un vivo placer cuando al rayar el día vió, por un claro de la

neblina que envolvía á la isla, el agua deslizándose de los collados. Comunicóselo al capitán, quien envió enseguida unos cuantos hombres á tierra, y ellos, así que desembarcaron, se pusieron á buscar el manantial, llenando la isla con sus clamores. Al verles, el solitario descendió de la garganta de la montaña donde tenía su choza. Apenas parecía un ser humano. Asombráronse los marineros al ver á aquel hombre tan



moreno, de barba y cabellos tan largos, y vestido de un modo extraño, acercarse á ellos rezongando y murmurando como un idiota, y haciéndoles señas que no comprendían. Sin embargo, él fué por delante de todos, y les mostró el camino al lugar donde se hallaban los arroyuelos de agua dulce. Así que oyó hablar á los marineros, su lengua, que durante tanto tiempo había estado embarazada, se desató, y consiguió que le comprendiesen. Cuando los barriles estuvieron llenos, los marineros llevaron al solitario á bordo, donde de un modo entrecortado les refirió la historia de su naufragio y de su larga soledad. Al principio apenas le daban crédito; pero á medida que adelantaba en su narración, aumentaba el asombro y el enternecimiento de cuantos le oían. Diéronle vestidos y libre pasaje á su país, pero frecuentemente trabajaba con los demás, saliendo así de su penosa abstracción. Ninguno de los marineros podía darle noticias de los que amaba, pues ninguno de ellos era de su condado ó provincia. El viaje fué pesado á causa de frecuentes dilaciones, pues la nave era apenas á propósito para navegar; mas la fantasía de Enoch volaba siempre delante del perezoso viento. Al fin un día, antes de amanecer, distinguió á la luz de la luna, casi velada por las nubes, la querida costa de Inglaterra, y aspiró con ardor el aire embalsamado que llegaba á él en alas de la suave brisa de tierra, como el amante que aspira con delicia el perfumado aliento de su amada. Aquella misma mañana, oficiales y marineros, compadecidos del hombre abandonado, le-

vantaron entre ellos una contribución voluntaria, cuyo producto le entregaron; luégo, acercándose á la costa, le desembarcaron en el mismo puerto donde antes se embarcó.

* * *

Enoch tenía allí muchos amigos, pero sin detenerse á hablar con ninguno de ellos, dirigióse inmediatamente hacia el puertecito donde había nacido, pues se hallaba impaciente de llegar á su hogar.

¡ Su hogar ! ¿ Qué hogar ? ¿ Tenía él hogar ?

* * *

La tarde era brillante, aunque fría, hasta que los grandes nubarrones que se veían sobre el mar, empujados por el viento, penetraron al través de las hendiduras de las rocas donde ambos puertos se abren sobre el piélagos, y cubrieron el mundo con su manto gris. A fin de acortar la distancia que tenía que recorrer, Enoch dejó el camino real y tomó por un estrecho sendero, á través de bosques, tierras de labranza y pastos. Sobre el árbol, ya casi desnudo, cantaba el petirrojo desconsolado; las hojas secas caían juntamente con la lluvia. La oscuridad se hizo más y más profunda, más y más espesa la llovizna; al fin, una débil y pasajera claridad le permitió distinguir los objetos que le rodeaban, y vió que había llegado al término de su viaje.

* * *

Entonces, habiendo descendido lentamente la larga calle, con el corazón lleno de tristes presagios y los ojos fijos en el suelo, llegó á la casa donde Anita vivió y le amó, y donde nacieron sus hijos durante aquellos dichosos siete años; pero no viendo en ella luz, ni sintiendo el menor ruido, y observando además un anuncio de venta que brillaba á través de la lluvia, continuó descendiendo á lo largo de la calle, pensando: — « ¡ Muerta, ó muerta para mí ! »

* * *

Bajó al estrecho muelle buscando una taberna que le era de antiguo conocida; una taberna con una vieja fachada de madera, tan apuntalada, ruinoso y carcomida, que Enoch creía habría ya desaparecido. Quien había desaparecido era el tabernero, y su viuda Miriam Lane, aunque sus ganancias disminuían de día en día, continuaba al frente del establecimiento. Este era en otro tiempo punto de reunión de marineros camorristas; ahora, en su período de decadencia, se hallaba silencioso y triste. No faltaba, sin embargo, en la casa, una cama

